

Haizea M. Zubieta

U

U

U

U

EL DESTINO DEL MUNDO  
ESTÁ EN SUS MANOS



FANDOM BOOKS

S



1.ª edición: marzo de 2021

© Del texto: Haizea M. Zubiera, 2021  
© De la cubierta: Elsa Suárez, 2021  
© De las fotografías de cubierta: Grandfailure / Istockphotos / Getty Images  
y Tithi Luadthong / Shutterstock.  
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2021  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.fandombooks.es](http://www.fandombooks.es)

Asesora editorial: Karol Conti García

ISBN: 978-84-18027-40-6  
Depósito legal: M-1063-2021  
Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADO

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

**Haizea M. Zubieta**

**S**

**EL DESTINO DEL MUNDO  
ESTÁ EN SUS MANOS**

**I**

**R**

**F**

**FANDOM BOOKS**

*A nosotres*

PARTE I

# APRENDER

# ALMA

*¿Qué es la normalidad? Aparte de una excusa para dividir en bandos a la gente de la Tierra; una excusa para discriminar a quien no está protegido por el paraguas de la campana de Gauss, por el modelo estadístico que ha creado el ser humano y tiene la poca vergüenza de decir que la norma es imparcial, que en ella no hay sesgos, que la matemática es equitativa y neutral. Nadie es normal sino el hombre blanco y sano, y lleno de privilegios, y todos los demás somos solo añadidos superfluos.*

GEORGETTE OKALIK (2083). *Lo exótico contra lo normal: ¿Rechazar o abrazar la normalidad?*

Cuando era pequeña, creía en el Ratoncito Pérez.

Cuando fui un poco mayor, creí en la normalidad. Debía de tener unos ocho o nueve años cuando dejé de creer; tenía mis sospechas desde hacía un tiempo y decidí hacer un experimento. Se me acababa de caer un colmillo y lo puse bajo la almohada, como tantas otras veces, pero esa vez en concreto no se lo conté a mis padres.

Se quedó ahí un día, dos días, tres.

Me levanté las tres mañanas palpando el colchón, buscando el eurodólar reluciente, y después de tres veces de no encontrarlo les llevé el diente a mis padres, ofendidísima, pidiéndoles explicaciones.

—Ay, Alma, hija, es que al Ratoncito teníamos que avisarle nosotros... —dijo mi madre—. Mira, déjalo un día más, ¿vale? Seguro que viene. ¿Verdad, Lorenzo, cariño?

Durante unos segundos largos, eternos, le vi a mi padre en los ojos —los mismos ojos marrones que tengo yo— la duda entre contármelo o seguir mintiéndome.

—Lo siento, cielo —dijo, por fin—. Tienes razón. Las monedas te las dejábamos mamá y yo. ¡Pero eso no significa que no puedas

seguir creyendo en el Ratoncito! La ilusión y la fantasía son muy importantes...

Creo recordar que lloré. Lloré por la magia que se acababa. El Ratoncito Pérez era el último resquicio de algo especial y fantástico que había en mi vida. Después de aquello, ya todo fue terriblemente normal.

Y normal no significa nada.

Normal solo significa que estoy tan acostumbrada al mundo que me rodea que ya no miro dos veces. Que veo en la televisión que han muerto bombardeadas más de doce mil personas en el frente ruso y mis padres parpadean, incapaces de imaginar lo que son doce mil muertos. Racionalmente, lo saben; doce mil son doce miles, y mil son diez centenares, y un centenar son dos veces los vecinos que viven en nuestro bloque. Son doce mil pares de ojos mirándome, y tengo que levantarme y apagar la pantalla y volverme a mi cuarto a estudiar en silencio.

Me llamo Alma Blasco. Tengo dieciséis años; voy a cumplir diecisiete este verano de 2085. Saco notas normales en mis clases, pero ya he dicho que eso no significa nada; no es más que un cálculo simple de cuánto puedo hacer el vago en todas las asignaturas que no son de matemáticas. Así la media compensa. Mi estatura también es normal, insisto cuando me llaman bajita; está dentro de lo esperable, aunque en el percentil tres. Ser miope también es normal, técnicamente; de mis veinte compañeros, diez llevamos gafas. Mi piel es clara y mi pelo es de ese castaño que casi parece negro, pero que al sol no le salen reflejos cobres ni azulados ni de ningún otro tono; solo es castaño.

Soy normal.

Y mis padres están encantados con que siga siéndolo. ¿Que me duele la cabeza durante una semana seguida? Eso es normal, hija, son las hormonas. ¿Que aún no se me han caído las muelas de leche a estas alturas? Les pasa a muchas chicas de tu edad, no te preocupes.

Que no me preocupe... pero que si veo que se me suelta alguna o que se me va a caer, que se lo diga a ellos cuanto antes.

—Aunque ya no creas en el Ratoncito Pérez, cielo, a nosotros nos importa saberlo —dice mi padre cuando le pido explicacio-

nes—. Eres nuestra hija y es parte del proceso maravilloso de verte crecer.

Me montan una fiesta casi como un cumpleaños cuando se me cae la penúltima muela, la de atrás y arriba del lado izquierdo. Mi madre la guarda en un sobrecito de plástico y lo sella muy de prisa.

—¡Ya eres casi una mujer hecha y derecha! —dice mi padre—. ¡Enhorabuena, cielo! Solo te queda una más, ¿no?

—Sí, creo que sí —digo, tocándome el hueco en la encía con la lengua—. Pero ¿por qué le dais tanta importancia?

—Ay, hija, sabes que es tradición —dice mi madre, cruzándose de brazos; el sobre que tiene en la mano lleva un dibujo dorado—. Lo hacen todos los padres de este país por sus hijos.

—Bueno, Cecilia, a lo mejor va siendo hora de contárselo —dice mi padre, mirándola por encima de los cristales de sus gafas—. Que ya es mayorcita. A la prima Elena se lo contaron mis hermanas cuando tenía quince años.

—¡Ay, pero es que a Elenita se le caerían todas antes! Ya sabes lo que dice la Ordenanza de Salud, Lorenzo; que es mejor que los niños no lo sepan hasta que no hayan terminado la dentición, porque les puede causar estrés y no sé qué...

—Habéis confesado que me estáis ocultando algo —digo y alzo la voz—. Eso sí que me causa estrés. Tenéis que decírmelo. ¿Qué pone en el sobre?

Nos sentamos en el sofá. Se hunde a nuestro alrededor.

El padre de la familia que comparte nuestro piso abre la puerta del salón y asoma su cabeza redonda y calva.

—Oye, ¿queréis hacer el favor de bajar un poco el volumen? —dice—. Que mi mujer está intentando echarse la siesta.

—Perdona, Bernardo —responde mi padre—. Es que la niña anda haciendo preguntas de lo de los dientes, ya sabes, es la edad...

A Bernardo le cambia la cara.

—Vaya, vaya —dice—. Ya es toda una señorita, ¿eh? Bueno, pues contádselo, pero en voz baja. Que no se entere mi crío, que a él aún le falta.

Y se vuelve a su lado del piso riendo por lo bajo.

Mis padres se quedan mirándome, mirándose el uno al otro, mirando a la alfombra, mirando por la ventana. Les noto las palabras encajadas en la garganta, un nudo en la nuez que no saben si escupir o tragarse.

El corazón me late aprisa y me siento imbécil. Me siento imbécil porque me emociona la posibilidad de que en mi mundo haya un secreto turbio, un misterio a descubrir; algo, lo que sea, que deje de hacerlo normal.

—¿Qué? —insisto—. Venga, ¿qué pasa?

—Bueno, tú no se lo cuentes a tus amigas, ¿vale? —dice mi padre con cuidado—. Sobre todo, si crees que a alguna no se le han caído aún todos los dientes.

—Claro. Lo prometo —contesto muy deprisa—. No se lo voy a contar a nadie. ¿Qué es? ¿Qué nos pasa en los dientes?

—A ver, hija, ni tu padre ni yo somos médicos —dice mi madre—. Solo sabemos lo mismo que todo el mundo, lo que avisan en los centros de salud cuando tienes un hijo. Es una obligación de la Alianza de Naciones, de todos los países que están trabajando juntos, por la salud de los niños.

—Tenía que ver con las fiebres unguladas, ¿no? —interviene mi padre—. Con prevenir las enfermedades o no sé qué...

—Sí, las enfermedades mutagénicas. Me quedé con esa palabreja en el folleto que te daban. ¡En fin, que nos vamos por las ramas, que cuanto más simple se lo digamos, mejor lo va a entender! Verás, Alma, hija; a los bebés, cuando son muy pequeños y aún no les ha salido la dentadura de leche, les implantan unos circuitos en las raíces de los dientes. Esos circuitos van creciendo con el niño y recopilando información sobre su cuerpo; cuando se caen, cada diente guarda datos importantes, como un disco duro, sobre sus enfermedades...

—Pero... —Me late algo en las encías y ya no estoy segura de que sea la muela caída—. ¿Eso no es personal? ¿No hay leyes en contra...?

—A ver, tienes que entenderlo, cielo —dice mi padre, y le noto tenso—. Estamos en una época difícil. La Federación puede atacarnos con armas biológicas y cosas así, y vosotros sois los más vulnerables. Es mejor prevenir que curar. Por eso hay que ir guar-

dando vuestros dientes de leche y dándoselos a la Alianza, para que tenga así los datos de cada niño y pueda protegeros.

Me llevo un dedo al espacio entre las muelas. La carne está blanda y sensible, con un agujero pequeño que da una mezcla de repelús y de gusto al tocarlo. ¿Ahí había un circuito, en el hueco que ha dejado la raíz del diente al caerse?

—Esperad, ¿qué es lo que habéis dicho? ¿Circuitos? —pregunto, chupándome el dedo que me sabe un poco a sangre—. Entonces, ¿tengo cables por dentro de la mandíbula? ¿Y no me duele?

—Son cables muy pequeños, hija, no se notan casi —dice mi madre, jugueteando con el sobre cerrado en sus manos—. Y me dijeron que un poco sí duele, a veces. Como una migraña. Dolores de la edad, le dicen. Ya solo tendría que quedarte un circuito, el de la muela que aún no se te ha caído.

—Ah... —Tenso la barbilla—. Que está ahí dentro...

—¿Pero no te preocupes, cielo! —dice mi padre, y me sonrío nervioso—. Piensa que eso ha pasado por un montón de experimentos para garantizar que es seguro. Mientras no se te quede el circuito en la boca cuando te hagas mayor, no hay ningún riesgo. Por eso los ponen en los dientes de leche, porque se le caen a todo el mundo.

La última muela de leche, más pequeña que las demás ya crecidas y con el borde más liso, resalta contra mi lengua.

No sé si me lo estoy imaginando o no, pero creo que siento pinchazos en el cielo de la boca. Cierro los ojos. Respiro.

—Bueno —digo, al cabo de unos instantes—. Vale. Entonces, ¿eso es todo? ¿Una cosa médica, como un análisis de sangre?

Mi padre asiente. Se le marcan los hoyuelos igual que a mí al sonreír.

—Exacto, cielo. Así que no hay nada por lo que preocuparse.

—Ni nada que contarles a tus amigas de clase —añade mi madre—. ¿De acuerdo?

—¿Por qué? —Trago saliva para enderezar la voz—. ¿Qué pasaría por decírselo? Si solo son datos médicos...

—Decían que podía influir en los resultados, ¿no, Lorenzo? Pero, vamos, yo creo que es para evitar que a algún crío se le ocurra

hacer una barbaridad y, no sé, se saque un diente con unos alicates. ¡A saber!

Me vuelvo a llevar la mano a la boca.

—Ay. Eso me ha dolido solo de imaginármelo.

—Bueno, pues no te lo imagines —dice mi madre, haciendo un ademán como para apartar el pensamiento del aire—. Tú, simplemente, cuando se te caiga la muela que te queda, nos avisas, ¿vale? Y nos la das. A nosotros, o a los médicos del instituto. Los de los chequeos.

—Claro —digo—. Ni que la fuera a querer para hacerme un collar...

—No digas eso ni en broma, hija, que esto es muy importante. ¿O quieres que vuelva a ocurrir lo de las fiebres ungluladas? Os enseñarían lo que les pasó a los animales en clase de Historia, ¿no?

—Sí, sí —digo, intentando que no me vengan a la cabeza los vídeos que nos puso la profesora Almeida, las imágenes de suelos sangrientos y de vacas abiertas en canal—. Aunque prefiero no pensarlo, gracias, mamá. ¿De verdad que tú de pequeña comías carne...? Es decir, carne de verdad, no sintética.

—Sí, hija, y con mucho gusto nos la comíamos. Sabía igual que la de ahora.

—Bueno, déjalo, déjalo —digo—. Vale, yo os doy la muela cuando se me caiga. No creo que me quede mucho para eso, de todas formas, ¿verdad? Supongo que se caerá de manera normal cuando toque.

Mis padres cruzan una mirada que no sé si se supone que debería haber visto.

—Eso es —dice mi padre—. Cuando le toque caerse, se caerá. Normal y corriente.

—¿Puedo mirar la muela? —pido, entonces, señalando el sobre que tiene mi madre—. Por si se ve el circuito. Me da curiosidad.

—No se ve nada —responde ella—. Y no, no la puedes mirar; ya está cerrado. Este es un sobre oficial que tenemos que entregarle en plazo y fecha a la Alianza, cariño, y nos dan solo uno por cada diente. Si lo perdiéramos, o si no lo entregásemos antes de que

cumplas los diecisiete, sabrían que algo va mal y nos pedirían explicaciones.

A través del plástico flexible del sobre se nota un bulto pequeño. Nuestra dirección, la de esta casa de Gran Madrid, está escrita en el remite; en el frontal se ve el escudo de la Alianza de Naciones, en un dorado brillante. El mismo que llevan todos los países de la Alianza en su bandera.

Se me olvida la conversación con el paso de los días. Me crece, poco a poco, la muela adulta en el agujero. Ya no puedo meter la lengua entre un diente y otro. Solo la muela de leche destaca, más pequeña y más blanca que el resto, pero también me olvido de ella.

Tengo cosas más importantes de las que preocuparme: cosas normales, como los exámenes del instituto, que se acercan en mi penúltimo año. Paso el tiempo viendo mis series favoritas, cotillean-do con una amiga que me asegura que sabe una manera de quitar el rastreador de la Alianza que hay en el Internet de casa —es un farol, por supuesto—, dibujando cosas que dejan de parecer caras y se asemejan más a figuras geométricas y a fórmulas algebraicas según se acerca la fecha de los exámenes.

Suspendo todos, menos el de Matemáticas.

En Matemáticas saco no solo un diez, sino una puntuación extra por los trabajos y exámenes voluntarios, que sirven para redondear la nota media del curso a un cinco exacto, raspado, aprobado por los pelos.

—Ay, Alma, hija, no sé qué vamos a hacer contigo —dice mi madre cuando se lo cuento—. Sí, sí, lo de las mates está muy bien, claro, pero deberías haberte esforzado igual en las demás asignaturas. ¿Para qué crees que te llevamos a un instituto tan caro? Que el curso pasado ibas a clase con la hija de Lisón de Ugarte, por favor. En fin, por lo menos has aprobado...

No le digo que no me he esforzado en ninguna. Si se lo dijera, no habría ninguna probabilidad de que la conversación acabase bien. Puedo ver las posibilidades desplegarse en mi cabeza, las frases que siguen el patrón de su mal genio, las preguntas que no sé y no sabría responder.

El verano pasa como siempre, dentro de casa y de los centros de ocio, encerrados bajo el aire acondicionado; una compañera se tatúa en el brazo un anuncio de una bomba de aire frío portátil. Un amigo invita a la piscina de su urbanización a tres clases enteras del instituto e incluso a antiguos alumnos, aunque la mayoría no vienen. Como la chica rubia aquella tan famosa, que era hija de la presidenta Lisón, y que se marchó a vivir con ella al norte cuando, supongo, ya no podía soportar más a la prensa esperándola a la salida de clase.

Qué suerte, pienso, vivir en el norte; el cielo de Gran Madrid es tan gris como el asfalto y ondea con el calor en el horizonte.

Aunque luego caigo en que allí, en vez de olas de calor, tienen olas literales de mar que entran en la tierra y tiran las casas abajo. Prefiero el agua tibia de la piscina, que forma circunferencias alrededor de los cuerpos de mis compañeros, chocando contra los lados como bolas en una mesa de billar. Sigo las formas que trazan, absorta, hasta que me doy cuenta de que se me quema la espalda y salto dentro.

Salto en el lugar y tiempo exacto para que el agua salpique en la cara a un chico que está haciendo una ahogadilla a otro.

Sabe a cloro y a sudor.

El verano se desvanece en septiembre antes de que pueda quejarme del aburrimiento.

Parpadeo y ya estoy otra vez en clase, sudando por el calor, que no se ha ido con el cambio de estación; una profesora nueva de Historia, otra de Derecho, y la misma de Matemáticas que el año pasado.

Me sonrío como si el diez que saqué en su clase hubiera sido mi culpa.

—Bueno —dice la tutora, dando una palmada que me saca de mi adormecimiento—, ya sabéis lo que toca ahora, ¿no? Como todos los primeros días de clase, lo primero es lo primero: ¡la salud! Después del chequeo médico os podréis ir a casa; las clases propiamente dichas empezarán mañana. Id pasando por orden alfabético a la salita, vamos.

Resoplo.

Me desvisto y me dejo hacer, en ropa interior y camisón de hospital, por la enfermera de inmensas gafas de mosca. Me miden y me pesan, me miran con rayos X, me hurgan y me examinan para ver si estoy bien.

—Vaya —dice la enfermera, con la voz totalmente plana, sujetando mis radiografías en la mano—. ¿Cómo te llamabas...? ¿Alba?

—Alma —digo—. Alma Blasco. ¿Qué pasa? ¿Puedo vestirme ya?

—Sí, vístete, vístete —dice, y me señala una puerta que no es por la que he entrado—. Pero no te marches aún, ¿vale? Espérate un momento... Ya está. Toma, ve por ahí, al despacho del doctor Olmeda, y entrégale esta placa. No te preocupes, monina, ¿vale? Estás sana como una manzana.

—Vale... ¿Por aquí?

—Sí, eso —dice la enfermera, dejando entrar ya a la siguiente alumna—. ¡Dile que es por la pieza B-4! A ver, guapa, siéntate aquí y ve poniéndote la bata...

La puerta se cierra a mis espaldas.

Detrás de una mesa baja, me mira un doctor vestido de blanco, con las cejas tan pobladas y prominentes que parece que le van a echar a volar en cualquier momento.

—¿Te ha mandado aquí la enfermera? —dice, y se le arruga la frente, creando cañones y valles—. A ver, trae aquí esa placa. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis —digo—. Bueno, cumplo diecisiete en diciembre, soy del sesenta y ocho... Ah, me ha dicho que es por la pieza B-4. ¿Qué significa eso?

El doctor Olmeda me chista para callarme. En la lámina de plástico se ve mi cabeza a través, en blanco sobre negro, y mis dientes sonrían sin labios para taparlos. ¿Es esa la muela de leche?

—Esta placa... ¿Y dices que tienes casi diecisiete años? Entiendolo... Entiendo, entiendo, ha hecho muy bien Dolores en mandarte a verme. Vale, perfecto, aquí está. —Me alarga una tableta con la pantalla llena de texto—. Toma este test, ¿quieres? Ve rellenándolo ahí, en la mesa, mientras hago unas gestiones.

Sale del despacho y le oigo cerrar con llave.

El estómago me pesa igual que si hubiera tragado plomo, pero los nervios se esfuman al fijar la vista en la tableta que tengo entre las manos. Esto sé hacerlo. Esto es lo mío.

Las preguntas del test son muy sencillas; son cálculos matemáticos, prismas transparentes, gráficos de barras, matrices y ecuaciones y derivadas, problemas que puedo visualizar en mi cabeza en la fracción de segundo que me toma leer el enunciado.

Llego al final del documento mucho antes de que el doctor vuelva al cuarto.

—Pero ¿ya has terminado? A ver las estadísticas... —dice, quitándome la tableta, y le veo plegar y replegar las cejas como si de verdad fueran a salir volando—. Vale. Bien... En fin, puedes irte a casa, Alma Blasco. No estoy autorizado a contarte más, pero... bueno, llegará una notificación a tu domicilio esta tarde, cuando se haya tramitado la solicitud. Al ser menor, la recibirás así para que la lean tus padres.

—¿Una notificación...?

—¡No te preocupes! —dice, y creo que debo de tener una cara de pánico bastante evidente—. De hecho, ¡alégrate! Como he dicho, no puedo contarte más, pero sí puedo decirte que deberías ir haciendo la maleta. ¡Venga, alégrate, chiquilla! Que es una cosa muy buena la que te está pasando. ¡Sonríe un poco!

Las comisuras de la boca me tiran hacia arriba, pero no sé si eso puede llamarse sonreír.

Casi tiro al suelo la tableta cuando me levanto y el doctor Olmeda me estrecha la mano. Me da tiempo a ver lo que sale en la pantalla.

«Tasa de aciertos: 100%. 100 de 100 preguntas acertadas. Tiempo transcurrido: 7 minutos y 43 segundos».

También aparece el sello de la Alianza de Naciones.

Sé que la notificación ha llegado a casa antes que yo; lo sé porque mi madre me abre la puerta más brusca de lo habitual, casi sacándola de los goznes, y mi padre tiene que ponerle las manos en los hombros para que respire.

—Hija, ¿qué es esto? ¿Qué es esto que nos han mandado? Por favor, explícanoslo.

—A ver, Cecilia, tranquila —dice mi padre—. No sé si la niña sabrá algo.

Niego con la cabeza. En la pantalla del salón aparece, de nuevo, el membrete; esta vez, como en el sobre de los dientes, va acompañado del escudo de la Alianza de Naciones. El dorado y el azul brillan por encima del texto.

«A la atención de Cecilia Echeverri Díaz y Lorenzo Blasco Torres, tutores legales de la menor Alma Blasco Echeverri», empezaba la carta. «Les enviamos esta misiva para informarles de que su hija pasará, a partir del próximo lunes día 10 de septiembre, a estar bajo la protección de la Alianza de Naciones».

—Hija, por favor, explícame esto —dice mi madre, señalando las frases que aparecen en negro sobre el fondo blanco.

Me queman los ojos. Sigo leyendo en voz alta.

—«En uno de los controles rutinarios de los implantes circui-todentales, se ha hallado una anomalía fisiológica causada por la retención de las piezas de leche más allá de la edad habitual» —recito de la pantalla—. «Tras un examen minucioso, se ha encontrado que la permanencia de los implantes en la pieza B-4, primer molar superior derecho, ha proporcionado a su hija habilidades especiales en el campo del cálculo matemático».

Las palabras «cálculo matemático» están resaltadas en negrita y subrayadas.

Las palabras «habilidades especiales» no lo están, pero yo las veo incluso más grandes.

Me llevo las manos a la mandíbula como si pudiera tocar los circuitos que hay por dentro; los imagino como los zarcillos de una enredadera, agarrándose al hueso, a la carne, quizás incluso al cerebro.

—¿Qué significa esto, Alma? —ya no dice, sino que chilla, mi madre—. ¿Cómo que habilidades especiales?

—Que siga leyendo, Cecilia, por favor —insiste mi padre, al que le tiembla la voz casi tanto como a mí—. Déjala que siga leyendo.

—«Por tanto, y para que dichas habilidades puedan ser aprovechadas al máximo, su hija comenzará a partir del día 10 de septiembre

a residir y estudiar en la Academia Lisón de Ugarte para menores de capacidades extraordinarias. Nuestro equipo docente aguarda su llegada con gran expectación. En los anexos I a VII encontrarán toda la información necesaria. Reciban un cálido saludo de parte del profesorado de la Academia. Firmado: Agathe Renard, jefa de estudios».

Al final de la carta, junto al de la Alianza, hay otro sello que no reconozco; un arco rodeando un árbol que creo que es un eucalipto, con el letrero «Academia Lisón de Ugarte» prendido en una cinta.

Miro a mis padres. Ya no me tiembla la voz. Ahora me tiemblan las manos; se me ha caído la mochila de clase al suelo. También me tiemblan las piernas; tengo que sentarme en el sofá. Me tiembla el pecho, y no puedo dejar de escuchar el propio eco de mi voz diciendo: «Habilidades especiales en el campo del cálculo matemático».

—Cielo, ¿estás bien? ¿Quieres que...?

—Papá —digo—. Papá, ¡tranquilo! ¡Mírame, papá! ¡Y tú también, mamá, no te preocupes! ¡Que ya me lo dijo el doctor, me dijo que era algo bueno! ¡Que tengo habilidades especiales!

Esta vez, la expresión de mi cara sí es una auténtica sonrisa. Y sonrío tan fuerte que me duelen las mejillas.

# NER

*Eres un infeliz.*

*Nadie te quiere, no estás aquí.*

*Eres un infeliz, pero eres mi infeliz.*

*Soy la única que no se olvida de ti.*

LAS NIÑAS SERPIENTE (2079). *Infeliz* [Audiopista].

Joder.

Ya estoy despierta otra vez.

Me duele la cabeza a pinchazos, como si me la hubieran reventado a hostias durante la noche, aunque me esté tapando del sol con las sábanas que llevo sin cambiar tres meses.

No sé quién coño estará chillando ahí fuera, pero me han despertado. Y ahora se ponen a reír. Estoy por salir del cuarto solo por ir a partirles la cara.

Las ganas de potar me sacuden el estómago cuando intento levantarme. Buscando un calcetín debajo de la cama, doy con la mano en la botella vacía y todo tiene sentido.

Ojalá tener la memoria de Ignasi. Solo me vienen recuerdos como fognazos. Disparos de luz en la noche. Katya distraendo a Agathe para que pueda robarle el licor bueno del despacho; el gilipollas de Ignasi pidiéndome que comparta; yo dándole una hostia y bebiéndome la botella entera en el baño sola, atrancando la puerta con la espalda. Aún queda un culín marrón que me da arcadas solo de olerlo, y le pego una patada para que se vuelva, rodando, por donde había venido.

No quería hacer tanta fuerza. El cristal se rompe y el olor del alcohol se me mete en la boca. Joder.

Lo bueno de dormir en bolas es que no tengo que lavar el pijama.

Lo malo es que tengo que verme los tatuajes de mierda cuando me visto. Un logotipo aquí, un anuncio borroso allá, un montón

de tinta que apenas me dio para comer en su día y ahora solo me da asco. Menos mal que mis brazos, en sí, son bonitos. Flexiono el músculo. Mira qué bíceps. Perfectos para romperles las narices a esos que no se callan, al otro lado de la puerta.

Se me abre otro roto en el pantalón del uniforme cuando me lo pongo. Estoy hasta los cojones. Si se supone que este sitio está preparado para gente como yo, ¿por qué coño no tienen ropa más resistente? ¿Cuántos recambios he tenido que pedir a estas alturas?

Pongo el oído bueno contra la puerta. Ahora oigo mejor los chillidos y las risas que vienen de fuera. ¿Están cantando algo?

—¡Ya viene, ya viene! —escucho decir a alguien.

Abro de golpe.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz! —cantan a coro mis compañeros de dormitorio—. ¡Te deseamos, Ner, cumpleaños feliz!

—Habría sido mejor que dijéramos «te deseamos todos» —dice el imbécil de Ignasi—. Así no rima.

—Qué hostias estáis haciendo —escupo—. Quién os manda desearle nada a nadie.

Tienen una tarta en las manos. Una puta tarta. Con velitas en forma de número dieciocho y todo, encima del dibujo que hay pintado de azul y amarillo. Me cago en Dios, vale, ahora lo pilló. ¿Se supone que esa es mi cara? ¿Hecha de yema de huevo, con los paletos salidos y dos rayas en vez de ojos?

—Celebrar tu cumple, Ner —dice Sara, que es la que lleva la tarta, y me la empuja debajo de las narices—. ¡Sopla las velas!

—Espérate, que aún te soplo otra cosa —digo—. Vete a la mierda.

—Ner, vamos a obviar tu lenguaje como gesto de buena voluntad —dice Camilo, el profesor de Entrenamiento Físico, el único de este sitio al que creo que le caigo medio bien, o que por lo menos no me odia del todo. No sé por qué cojones está aquí riéndose de mí como el resto—. Y también vamos a obviar la peste a alcohol que sale por la puerta. Sonríe un poco, que es tu décimo octavo cumpleaños. ¡Que ya eres mayor de edad!

—Genial —digo—. ¿Eso significa que ya me puedo ir de aquí? Camilo esconde la boca detrás de su barba.

—Bueno, Ner, sabes que es importante que continúes con tu formación —dice, el muy desgraciado—. Sería muy irresponsable por parte de la Academia e, incluso, de la propia Alianza de Naciones, dejar que te marches antes de una graduación formal. ¡En fin! Ya sabes que la directora ha hecho muchos esfuerzos para que estés aquí a gusto. Debes de ser la única sincoreana del país que tiene estos privilegios, piénsalo.

Privilegios. ¿Privilegios es que me saquen una tarta burlándose de mi cara para mi puto cumpleaños? Yo no sé si es que no se entera o es que no quiere enterarse, joder.

Hace un gesto hacia mi cara y la arrugo en una mueca. La perforación que llevo en el puente de la nariz —la única que no me arrancaron en la calle— se arruga también. Me paso la mano por el pelo, rapado corto y teñido de azul eléctrico. ¿Esto son privilegios? ¿Llevar mis pintas es un privilegio?

No. Esto es ser yo. Son mis derechos, joder, los mismos que tiene cualquier puto chaval blanco de la Academia. Y, a quien no le guste, más le vale que no le pille yo cerca.

Soplo las velas de la tarta con tanta fuerza que Sara se tropieza con sus propios pies y se le escurre hasta el suelo. El dibujo de mi cara se queda espachurrado entre el bizcocho y la nata y, al menos, ya no lo veo.

—Largo de aquí —vuelvo a decir—. ¡Largo!

Les cierro la puerta en la cara y hago como que no oigo sus risas. Que se vayan. Que se vayan.

Abro las ventanas antes de dejarme caer sentada en la cama. El viento húmedo de fuera parece limpiar un poco el aire cerrado y el olor a alcohol del dormitorio. Tengo las manos manchadas y una costra de sangre de algún pellejo arrancado. Me muerdo las uñas y vuelve a abrirse la herida.

Desde el edificio B, suena la campana anunciando que es hora de ir a clase.

Me tapo la cabeza con la almohada.

—Genial —mascullo—. Me encanta este regalo de cumpleaños.

Cuando lleva un par de minutos sonando, me resigno y me vuelvo a quitar el uniforme para meterme en la ducha. Aún tengo

tiempo para que me lo marquen como que he llegado tarde en vez de como una falta.

Pongo el agua al máximo de calor. Hasta que quema. Hasta que me dan pinchazos en las cicatrices de la cara y de los hombros y el vientre. Hasta que el vapor tapa el cristal y el espejo y gotea por las paredes.

Meo en el desagüe y se mezcla el amarillo con el agua azul que me destiñe del pelo, bajándome por los pelos de las piernas.

Alguien aporrea la puerta del baño.

—¡Ya va, hostias! ¡Está ocupado! —digo, y cierro el grifo—. ¡Vuelve luego o vete a cagar a otro lado!

—No, no, Ner, soy yo —contesta Katya—. Era solo para decirte que te dieras prisa, que Agathe te estaba buscando. Me marcho, ¿vale? Que llego tarde a clase...

—Joder —resoplo—. Ya se ha enterado de lo de la botella, ¿no? Me cago en Dios, ahora voy.

Me paso la toalla por el pelo, tan corto que suelta gotitas de agua al rozarlo como un aspersor. Deja una mancha azulona en la tela.

En el espejo, me fijo en que ya me empiezan a crecer las raíces negras. La cicatriz de la ceja y la del labio se me han hinchado con el jabón; me acuerdo de cuando tenía ahí los *piercings*, de lo bien que me quedaban hasta que tuve la idea de meterme en una pelea con aquel yonqui que no me quería pagar. Y vaya cara más sosa tengo, plana, redonda y marrón, por más que los putos blancos insistan en dibujar en los pósteres a los sinocoreanos con la piel toda amarilla. Así, al menos, impongo más. Creo. No sé si mi sonrisa impone, con el colmillo de leche más pequeño que el resto.

Me froto entera con la toalla hasta que salen rojeces. Como si así pudiera borrarle los tatuajes de mierda, que me van desde los hombros —son bonitos; una vez Katya me dijo que parecían los de un nadador olímpico— hasta las manos.

Mientras me visto, me doy cuenta de que estoy silbando el *Cumpleaños feliz* y dejo de hacerlo.

Antes de salir, me asomo a la cristalera del dormitorio y veo a Agathe, acompañada por dos guardias, acercarse hacia la puerta. Son

solo dos; podría tirarlos al suelo y echar a correr —¿adónde?—, pero prefiero escaparme por la ventana.

Dejo un hoyo en la tierra húmeda con las huellas de los pies. Las zapatillas se me han embarrado, y se les van desprendiendo briznas de hierba de las suelas a medida que dejo atrás el edificio dormitorio.

A un lado está el aulario B. Al otro, la carretera y las verjas que separan la Academia Lisón de Ugarte del mundo. Bueno, también hay un bosque de eucaliptos, zarzales y helechos en medio, pero voy a contar eso como parte del mundo y no de la Academia.

¿De qué me sirve tener ya dieciocho años, si sigo sin poder cruzar la valla?

Al otro lado, donde está la casa de la directora, veo una carita blanca bordeada de rizos rubios asomarse entre los barrotes y mirar hacia dentro del complejo.

Sacudo la cabeza y sigo corriendo, esta vez hacia el aulario. Hace casi media hora que ha sonado la alarma para ir a clase; no sé si me castigarían en mi cumpleaños, pero, por una vez, no voy a arriesgarme.

No vaya a ser que Agathe me pille fuera del aula y me cruja viva por robarle la botella.

La clase de Teoría de Juegos ya está en marcha cuando pego la nariz al cristal de la ventana. La profesora Prado está de espaldas, enseñando algo en la pantalla, pero, por supuesto, cuando entro por la puerta, se vuelve para mirarme. Igual que todos los demás. Intento mantener la mirada entre mis pies.

—Señorita Jiāng, llega usted muy tarde —dice, y pongo los ojos en blanco—. Veintisiete minutos tarde, para ser exacta. ¿No tiene nada que decir?

Me siento en mi mesa.

Hay ejercicios corregidos encima. Todos marcados en rojo.

—Me estaba duchando —digo.

—Pues, para estarse duchando, sigue apestando a alcohol —oigo cuchichear a Felipe, un par de asientos atrás.

Intento no hacerles caso. De verdad. De verdad que lo intento.

—Eso es que no huele a alcohol, es que los chinos huelen todos así de mal —dice José Antonio, su compañero de mesa.

Y, por mucho que lo intente, el puñetazo que doy en la mesa la hace crujir y raja la pata de arriba abajo. Todos me miran. Felipe y José Antonio, con risas mal escondidas. Los demás, con una mezcla de miedo, lástima y más ganas de reírse. La profesora tose.

—Señorita Jiāng, no hay motivo para ponerse así de violenta —dice—. Si tiene alguna queja contra otro alumno, remítala a la jefatura de estudios. Y ustedes, señores Úbeda y Picazo; les recuerdo que la señorita Jiāng es una ciudadana de pleno derecho de la Alianza de Naciones. Por mucho que tenga ascendencia sinoide, nació en este país y fue aceptada en su día por la señora Lisón de Ugarte, ¿me entienden? Puede que sus padres sí sean miembros de un país de la Federación, pero precisamente por eso no deben ustedes fomentar el odio y la discriminación, sino la unidad entre nuestros aliados. Así que basta ya, por favor, que no son ustedes niños pequeños para andar riéndose de un asunto tan serio. Ahora, ¿por dónde íbamos? Ah, sí. Ya saben que el ajedrez es un juego de suma cero y de información perfecta, por lo que es un gran ejemplo para practicar. Haga su movimiento, señorita Dupont...

Una de las francesitas se levanta de la silla para mover la pieza de la pantalla central.

Felipe susurra otra broma racista de mierda sobre si Dominique Dupont juega con las blancas o con las negras.

Yo apoyo el codo en la mesa y la barbilla en la mano. Cierro los ojos.

Que llegue ya la clase de Entrenamiento Físico y se acabe esta, por favor. Necesito pegar a alguien.

Pero lo único que pego es un brinco en mi asiento cuando, unos instantes después, la puerta del aula se abre y entra Agathe con sus guardias.

Mierda.

Me encojo en la silla como si hubiera alguna posibilidad de que mi pelo azul y los rasgos de mi cara pasaran desapercibidos.

—Ah, está usted aquí, señorita Jiāng —dice, con el sonsonete dulce que me revienta—. La estaba buscando.

La pata rota retiembla. Tardo demasiado en darme cuenta de que tengo las manos agarradas al borde de la mesa y de que mis dedos

han dejado medias lunas en la madera. Parece que le hayan pegado bocados.

—¿Qué ocurre? —dice la profesora Guillermina Prado, mirando a Agathe con expresión de corderillo. Joder, yo desde luego no miraría así a mi superior—. La señorita Jiāng está en clase, Agathe. Y, contra todo pronóstico, hoy solo ha llegado veintisiete minutos tarde. Pueden esperar a la pausa para hablar con ella.

Creo que Agathe va a echarle encima a los guardias, o a echármelos a mí y a sacarme a rastras del aula.

Pero no.

Agathe sonríe; su sonrisa es perfecta, absolutamente simétrica y blanca contra el castaño oscurísimo de su piel. La muy zorra lleva carillas en todos los dientes para que no sepamos si tiene alguna pieza de leche.

—Gracias, Guillermina —dice—. Reténgamela entonces a la salida de clase. Y no se preocupe, señorita Jiāng; no vengo a reñirla por lo que hizo anoche, sino a darle una noticia. Yo la considero buena, por supuesto. Espero, de corazón, que usted también.

La profesora de Juegos se queda mirándole la espalda a Agathe cuando se va. Qué digo la espalda; se le queda mirando el culo. A ver si se lían de una vez. Seguro que así están menos estiradas las dos.

—Bueno —carraspea—. ¿Por dónde íbamos, de nuevo? Estas interrupciones van a ser la ruina de mi plan de estudios, luego se quejarán de que el alumnado no avanza. Ah, sí, señorita Dupont, estaba usted ahí...

Escondo la cabeza entre los brazos.

Menos mal que ya es viernes.

Si aguanto un poco más, será la hora de entrenar antes de que me quiera dar cuenta.

Dominique Dupont da un gritito de alegría porque ha vencido a la IA del ajedrez en menos de seis movimientos. No te jode, si yo tuviera una muela como la suya, también se me darían bien las mates y la estrategia. Y ni teniéndola es la mejor de la clase. Ojalá tenga suerte y me emparejen con ella en el entrenamiento de hoy. Se va a enterar de lo que es jugar con ventaja.

La campana suena.

Mis compañeros recogen sus mesas. No me gusta esa palabra, ¿compañeros de qué? A mí no me acompaña nadie, como mucho la lameculos de Katya, y eso es porque se cree que así voy a protegerla; menuda imbécil, si aquí no puedo protegerme ni a mí misma.

Para cuando levanto la cara, el aula ya está vacía y la jefa de estudios me espera bajo el marco de la puerta.

—¿Qué quieres, Agathe? —le escupo—. Espero que sea rápido, que ahora me toca entrenar.

—Señorita Jiāng, por favor, un poco de respeto —dice ella, fingiendo sorpresa—. Nosotros no la tuteamos, ¿verdad? Ni a usted, ni a ninguno de los alumnos. Solo pedimos un mínimo de cortesía. Un pequeño esfuerzo por la convivencia.

—Pues yo no tengo de eso.

—Venga por aquí. Y tranquilícese; Gerard y Geraldine solo están para acompañarme, no debe mirarlos como si fueran a hacerle daño. La labor de nuestros guardias es cuidar a los alumnos, recuerde.

Los guardias no me sonríen. Normal.

Nos sentamos en un aula vacía, ella en la mesa del profesor de Estrategia de Campo; yo, en una silla vuelta del revés.

—¿Qué pasa? —digo—. Venga, suéltalo ya, Agathe. Que sí, que te robé la botella anoche mientras Katya te distraía. Fui yo. ¿Qué me toca de castigo? ¿Me vais a quitar el postre? ¿El recreo de media tarde? Qué miedo.

Agathe suspira y reposa la barbilla en las manos entrelazadas.

—Señorita Jiāng, ya le he dicho que no se trata de sus acciones de anoche, sino de darle una noticia. Puede que ya se la estuviera esperando, de hecho, ¿no? Que, aproximadamente, sobre estas fechas...

¿Qué coño ha pasado en estas fechas? Mi cumpleaños. Y eso qué más dará. Ni que me fueran a dejar salir de aquí por eso, está visto. Pero a lo mejor habrá permisos de fin de semana para ir al pueblo más cercano, y allí podría coger un coche. Ya soy mayor de edad; aunque no tenga carné ni intención de sacármelo, la primera vez que le hice un puente a un Ford Fiesta no llegaría a los catorce.

—Ajá —digo—. ¿Y qué noticia es esa?

—Bien, me alegra verla más cooperativa, señorita Jiāng —dice Agathe—. Pues verá. ¿Recuerda usted a sus padres?

Me estaba inclinando hacia ella en la silla, pero me enderezo de golpe.

—Sí —digo, seca—. Claro.

—A sus padres biológicos, quiero decir, no a las familias de acogida por las que pasó, ni a los responsables de los centros de protección al menor en los que estuvo, según su historial.

No tengo saliva en la boca. Es como si me hubiera tragado una cucharada de harina.

—Claro que me acuerdo —digo—. Si no fue hace tanto tiempo...

—Es cierto —dice Agathe—. Se les retiró la custodia y la patria potestad en el año 2077, durante las Navidades. Usted tenía entonces diez años de edad, ¿me equivoco? Son los datos de su expediente. Tenga en cuenta que sus recuerdos pueden verse alterados por el síndrome de estrés postraumático...

—Sí, todo eso es así, qué pasa —digo, muy deprisa—. ¿Qué tiene que ver eso con nada, y por qué me lo estás contando ahora como si no lo supiera?

Agathe vuelve a sonreír. Joder, pero qué carillas más falsas.

—No deseo evocar malos momentos, señorita Jiāng, se lo prometo. Simplemente, quería asegurarme de que recordaba la situación correctamente —dice, y se pone a leer de mi expediente—: En el año 2077, los ciudadanos de la Federación Sincoreana Wei Jiāng y Xinyi Jiāng fueron detenidos por tráfico de drogas y blanqueo de capital. Usaban como fachada para su negocio ilegal el restaurante asiático que regentaban.

Levanta la vista del documento que lee en su tableta y me mira a los ojos. Los tiene negros, igual que yo.

—Sí —digo—. Todo eso es verdad.

—Sin embargo, como será usted consciente, señorita Jiāng, la justicia es una maquinaria lenta, muy lenta, y más aún en la situación de política exterior en la que se halla envuelto nuestro país. Su juicio se demoró años y el recurso posterior, más años aún...

—Entonces... —digo.

—Entonces, la noticia de la que me congratula informarle, señorita Jiāng, es que a día de hoy, siete de septiembre del año 2085, el caso de Wei y Xinyi Jiāng por fin ha recibido una sentencia firme. ¡Mi más sincera enhorabuena!

Algo me resuena en los oídos, como una campana diminuta que no quisiera callarse. Como si Agathe tuviera esa campanita colgando del paladar y solo sonara eso, en vez de sus palabras.

—Ah —digo—. ¿Y cuál ha sido esa sentencia? Como me estás felicitando, no sé...

Agathe deja de sonreír.

—Condenatoria, por supuesto —dice—. Por eso la felicito, señorita Jiāng. Porque sus padres biológicos por fin van a recibir su justo merecido. Se ejecutará su sentencia de muerte el primer día de diciembre de este año 2085.

# MINERVA

*Señoras, señores, hoy es el día más gozoso de mi vida, aunque les hable postrada en la cama de la Maternidad del Hospital de Santa Ana. Hoy he dado a luz a mi hija Minerva; hoy, también, me convierto en presidenta del Gobierno de esta gran nación. Prometo cuidar de ambas con todo mi corazón, y convertir tanto a mi país como a mi hija en ejemplos brillantes para toda la humanidad.*

ULPIANO SÁEZ (2067). *De presidenta a general*.  
Discurso de investidura de Cibeles Lisón de Ugarte.

Está pasando un avión por encima de la Academia.

Cruza sobre la línea verdigrís del monte, rajando el amanecer, y deja una estela blanca de vapor de agua. El horizonte está empañado de niebla húmeda como el rocío de la verja, que me arruga las yemas de los dedos y me encrespa el pelo.

Tal vez debería advertir a Madre. O a lo mejor no. A lo mejor son aliados y no ocurre nada porque pasen por encima de nuestro espacio aéreo. Pero ¿y si son de los malos? ¿Y si están viéndonos de lejos, mirando a través de las copas de los eucaliptos, buscando nuestra posición para bombardear el suelo?

La barriga del avión brilla con la escasa luz del sol y se aleja hacia el noreste.

Saco la cabeza de entre los barrotes de la valla y me bajo de ella.

En la ventana del despacho de Madre, la veo trabajar afanosa, agachada sobre sus papeles. No quiero molestarla, pero será mi culpa si resulta ser el enemigo y no la he avisado.

Además, si me quedo aquí más tiempo, van a tocar la campana para despertar a los alumnos de la Academia, y seguro que viene alguno hacia aquí, y debería cambiar de sitio para mirar, pero me da vértigo cuando miro desde el tejado o desde lo alto de un árbol...

Vuelvo corriendo a la casa de las tejas de pizarra.

Bueno, «corriendo» es un eufemismo. Más bien andando deprisa, tan deprisa como puedo, quedándome sin aliento. Intento no sudar demasiado. Ya no es verano, ¿por qué tiene que seguir haciendo tanto calor?

—Madre —le digo, tras tocar en la puerta de su oficina y esperar a que me abra su secretario, Jean—. Madre, es urgente, lo siento muchísimo. No la habría interrumpido si no...

Las columnas que sostienen el techo son tan altas y tan rectas como ella.

Jean carraspea.

—¿Qué pasa ahora? —dice Madre, sin mover la vista de sus documentos—. ¿Has visto algo que sea motivo de alarma? ¿Escuchado alguna conversación importante? ¿O tengo que volver a enviar a los guardias para que alejen a los críos de la valla?

—No, no —digo, y trato de mantener los brazos pegados al cuerpo; seguro que he sudado, seguro que huelo mal—. Es que ha pasado un avión por encima de la Academia, y he pensado...

—Minerva, ¿en tan poca estima tienes a tu madre? ¿De verdad crees que no tengo controlado el espacio aéreo, ya no de la Academia y del Ortegal, sino del país entero?

La cara se me pone roja. Lo sé; la noto arder como una antorcha.

—Yo creía... Yo solo pretendía... —Se me entrecorta la voz. No quiero llorar, por favor, no quiero llorar ahora—. Es que no sabía que estaba controlado y, por si acaso...

—Pues ya lo sabes. Ese, en concreto, era un vuelo de suministros alimenticios al frente finlandés —dice, casi amable—. Allí ya es prácticamente invierno y no crecen bien las plantas. ¿Ves, Minerva? Esta es la clase de cosas que debe tener en cuenta una buena líder. Esto es en lo que tienes que fijarte y aprender, y no estar perdiendo el tiempo con tonterías. Para eso te he sacado de ese instituto de Gran Madrid y te he traído aquí. Que parece mentira que ya seas una adulta. A tu edad, yo estaba militando en las juventudes del partido, no perdiendo el tiempo en tonterías por el campo. Ahora vete a jugar, querida. Jean, encárgate.

—Entendido, señora Lisón de Ugarte —dice el secretario, y me azuza hacia la puerta.

Los techos altos quedan atrás y yo me veo delante de un despacho cerrado, mientras doña Imelda encera el mármol del suelo.

—No le hagas caso, bonita mía —me dice Imelda, pasándome con la mopa entre los pies—. La señora doña Cibeles es así. Ya la conoces bien. ¿Por qué no le haces más caso, anda, reina? Ve, que tengo que fregar el recibidor. Y ponte bien el cuello del vestido, que se te ha movido ahí corriendo por los bosques. Así. Así estás más linda.

Asiento y miro hacia arriba, hacia el piso de mi cuarto, donde me esperan mis libros y mis apuntes de lo que ocurre en el mundo, lejos de esta esquina perdida entre eucaliptos, que llevo sin tocar desde que llegué a este sitio. Ni siquiera eso sé hacerlo.

Me vuelvo de nuevo hacia ella.

—Jean —digo, tocando el llamador—. Jean, espera, no me cierres, no quiero hablar con Madre, solo iba a darte un recado.

—Ah —dice el secretario, atusándose el peinado—. Vale. ¿Qué quieres?

—Que le digas a Madre que... esto... —Respiro hondo—. Que quiero aprender el oficio, esta vez en serio. Que me enseñe lo que haga falta. Ya soy mayor para encargarme de cosas, ¿no? Si le pasa algo, es mejor que yo sepa cómo llevar la dirección de este sitio.

Jean parpadea. Es el único movimiento que hace con la cara.

—Bueno —dice, al cabo de un momento—, yo se lo puedo comentar, pero no te prometo nada.

—Sí, no te preocupes —digo—. Ya sé cómo es. Si contesta que no, está bien, lo entiendo. ¡Gracias!

Intento sonreír. Aún tengo la cara ardiendo. Me ha salido esa voz aguda que me viene de los nervios, y cierro yo la puerta antes de que Jean pueda hacerlo. Escucho que le dice algo a Madre, pero no quiero saberlo; le dirá que no paro de molestar, ¿qué otra cosa iba a decirle? Me tapo los oídos. Salgo corriendo escaleras arriba; oigo a Imelda gritarme que tenga cuidado, que están recién encerasdas y resbalan.

Cierro mi habitación con pestillo.

Aún puedo escuchar, desde aquí, a Jean hablando con Madre.

Me siento en el suelo, en la alfombra blanda que me calienta las piernas, y hundo la cara en el hueco entre mis rodillas.

—¿Por qué he hecho eso? —murmuro—. Si Madre ya lo sabe. Me ha intentado enseñar mil veces, pero yo no valgo... Me da la ansiedad y el miedo y dejo de estar atenta en cuanto llega a la parte de las bajas... Cuando considere que estoy preparada, lo haré. Es su prerrogativa. Para algo es la directora de la Academia. Para algo fue presidenta del Gobierno. Para algo es la general del ejército más grande de la Alianza.

Y yo, ¿quién soy?

Aparte de su hija, claro.

Aparte de una tal Minerva Lisón de Ugarte, aparte de una niña que lleva meses teniendo dieciocho años y se sigue sintiendo tan inútil como antes de tenerlos, aparte de un cuerpo gordo y blando, de un pelo rubio encrespado que es imposible de peinar, de una piel llena de granos que suda y que se sonroja en cuanto me entran los nervios, de unos ojos azules —lo único que me gusta de mi cara— que miran con cierta envidia al interior de las verjas.

Aunqu deberían ser verdes. Así, al menos, podría hacer una referencia a *Otelo*.

No quiero envidiarlos. Sé perfectamente cuál es la situación. Pero, cuando miro en secreto a los alumnos de fuerza voltear balas de paja o montones de ladrillo más altos que un piso de mi casa, o cuando los veo jugar de uniforme a juegos de estrategia, o cuando saltan distancias que ningún libro de récords va a incluir jamás, a veces deseo que mis dientes no fueran simétricos y perfectos.

Después de todo, tampoco podría decepcionar más a Madre, incluso si yo fuera una de ellos.

Debería haber nacido en otra época. Lo pienso siempre. En una más sencilla, en la que el mundo no estuviera muriéndose poco a poco por las bombas o el calor o las lluvias torrenciales, en la que los implantes circuitodentales aún no se hubieran inventado.

—Bueno, si es necesario... —oigo decir, por debajo de mis pies, a Jean con su voz rasposa, que me recuerda al graznido de un cuervo—. Iré a buscarla. Espero que no se haya escondido por el

bosque otra vez, que ya está mayor para andar haciendo de Capercita.

—No, no, señor Juan, la niña se ha subido a su cuarto —escucho que dice Imelda—. Voy yo a por ella, si quieren.

Escucho los pasos blandos de Imelda trepar por las escaleras y dudar un momento antes de llamar a mi puerta. Noto sus nudillos retumbarme hasta en el pecho.

—¿Sí? —digo, intentando que las palabras no me salgan húmedas—. ¿Quién es?

—Soy yo, reinita, he venido a buscarte —responde Imelda, y le abro—. Dicen abajo que doña Cibeles quiere hablar contigo. Anda, sal y lávate la cara, ¡mira los churretes que te ha dejado el lápiz de ojos! Trae, que te maquillo de nuevo...

Me entran ganas de abrazarla, de seguir llorando cogida a su pecho que huele a agua de rosas y a eucalipto. Aquí todo huele a eucalipto, todo menos yo. Aquí cuesta demasiado mantener puesta la máscara; llueve el cielo y llueven mis ojos y no sé cuántas veces más seré capaz de arreglar este andamiaje de polvos y de kohl negro.

Cuando por fin bajo, casi doy un brinco y vuelvo a subir las escaleras.

Madre está fuera de su despacho y me espera con las manos apoyadas en el bastón, la cara rígida y tensa de la barbilla hasta el moño, y los ojos —tan azules como los míos— que no me quitan la vista mientras descendo, intentando no tropezarme con la alfombra.

—Aquí la tiene, doña Cibeles —dice Imelda—. ¿Quiere que les sirva...?

—No, gracias, Imelda, es suficiente —contesta Madre, con su voz grave que me retumba en los oídos—. Y tú también, Jean, puedes marcharte. Después de todo, hoy es sábado. No tengo reuniones hasta el lunes.

Me conduce hasta su despacho y cierra por dentro; Jean e Imelda se quedan fuera y, antes de que eche la llave, los veo mirarse el uno a la otra con desconcierto.

—Madre... —le digo, siguiéndola hasta el balcón de su oficina—. ¿Qué...?

—Así que quieres ser útil —me interrumpe, y enciende un cigarro—. Así que quieres aprender, esta vez de verdad, el oficio que te corresponde por herencia y por derecho. Ya veo.

Me había olvidado; aquí hay otra cosa más que no huele a eucalipto. El tabaco de Madre. Huele a mil demonios y a mi dolor de cabeza.

—Sí —trato de sonar firme—. Sí, eso es. Ya tengo una edad para encargarme de cosas, ¿no? No puedo mirar a otro lado mientras usted se ocupa de la Academia entera. No quiero ser una carga. Y... bueno... Sabe que, si algo le pasara, la capitanía general me respondería a mí y, si no sé llevarla...

Madre abre el balcón y el humo flota hacia el cielo, hacia los troncos de los árboles que desprenden su corteza en largas tiras rosadas, como brazos despellejados. La niebla de la madrugada ya se está marchando. Se oye reír y jugar a los chavales detrás de las verjas.

—Me parece correcto, Minerva —dice Madre, tras una larga calada—. Sin embargo, aún hay mucho que debes aprender para estar a la altura. No sé si llegarás a estarlo, de hecho. Eso es un problema.

En su moño gris, tirante y engominado, brilla la luz de la araña de cristal.

—Lo sé —digo—. Es solo que... me gustaría ayudar.

Se vuelve a girar a mirarme.

—Soy una mujer ocupada, Minerva —dice—. Apenas estoy aquí el tiempo suficiente para atender mis asuntos. Deberás aprender tú; deberás observar y callar, seguir mis pasos sin cuestionarme, y hacer todo lo que yo ordene antes incluso de que llegue a decirlo. ¿Entiendes? ¿Crees que estarás a la altura?

Madre es inmensa cuando me observa, recortada contra el cielo azul y gris; no me saca una cabeza, me saca miles, millones, y quiero esconderme debajo de la suela de su zapato para que deje de mirarme así.

—Por supuesto —digo, y noto que me corre una gota de sudor por el centro del pecho—. Lo que sea.

—Bien —dice—. De momento, usaremos tus puntos fuertes. Tu observación. Tu afición por contemplar a los chiquillos de la Academia durante tu tiempo libre.

Pierdo el aliento.

—Yo no... No los miro porque...

—Eso no importa —dice Madre, con un ademán que manda el humo del cigarro a trenzarse en el aire—. Lo importante es que vamos a utilizarlo en nuestro beneficio. A partir de ahora, Minerva, observarás con más ganas. Dedicarás todo el tiempo que no estés estudiando tus apuntes a vigilar la Academia; aprenderás lo que hacen mis alumnos en los jardines, a qué hora se levantan y a cuál se van a dormir, qué habilidades tiene cada uno, qué alianzas se traban y qué estudiantes son buenos. Quiero que te fijes en todos.

Asiento.

—Entonces, ¿tendré acceso a la sala de las cámaras de alcaudrones? —me atrevo a decir.

—No, por supuesto que no. Es demasiada responsabilidad. Sin embargo... —Sopla una voluta de humo en forma de anillo—. Sin embargo, si demuestras que tu observación sirve de algo, es posible que más adelante sí. Ya veremos. Cada noche te pediré un informe detallado de lo que hayas visto; de si has notado algo extraño o fuera de lo habitual, lo que sea. Y, para hacerlo, deberás estar perfectamente familiarizada con lo que es habitual.

Vuelvo a asentir. El cuello me cruje. Madre suspira.

—Además —dice—, ya que tienes una edad, deberíamos prepararte para tu presentación en sociedad. Durante el último año no ha sido posible, y en eso he errado; he dejado que te asilvestraras, hija, entre vivir en Gran Madrid y vivir aquí en el campo, y ahora mismo no estás lista para comportarte en determinados círculos. Le pediré a Jean y a Imelda que se encarguen.

—Pero...

—No hay peros. Recuerda, no debes cuestionarme. Es parte del trato, Minerva.

—Vale, sí, de acuerdo —digo—. Es verdad que estoy... Que no estoy a la altura del papel.

Madre da un par de golpecitos al cigarro contra la barandilla del balcón. La ceniza cae al césped del piso de abajo.

—En cualquier caso, eso podemos arreglarlo —dice, y vuelve a dar una calada, soltando el humo por la nariz—. Hay una tercera

cosa que quiero encargarte. Pero solo si prometes no abandonarlo. Esto no es como tus apuntes, hija; esto es práctico y crucial, sobre todo ahora que hemos perdido Pakistán y avanzan hacia Crimea.

—No lo abandonaré —digo, muy deprisa, antes de que pueda autoconvencerme de lo contrario—. Claro que no. ¿De qué se trata?

Apaga el cigarro aplastándolo contra el cenicero de cuarzo y dejando una mancha negra. El olor no desaparece; se le queda pegado a los dedos teñidos de amarillo, a la ropa, a la voz. Coge de nuevo el bastón.

—Ven —dice—. Aquí, al despacho. Mira. Quiero que leas este expediente.

Me acerco la tableta.

—«Joven de dieciséis años de edad, con fisiología y fisonomía normal, presenta caída tardía de la pieza B-4, primer molar superior derecho» —leo en voz alta—. «En placas radiológicas se encuentra avance del microcableado dental hasta el lóbulo parietal, compatible con sobreestimulación de las regiones asociadas al cálculo matemático y la estrategia. Tras la administración del test de identificación BM45, se confirmó dicha capacidad, con una tasa de aciertos del cien por cien en un plazo de respuesta inferior a diez minutos».

Miro a Madre de nuevo.

—¿Y bien? ¿No te sorprende nada?

—Bueno... —digo, y releo otra vez el texto con más cuidado—. ¡Ah! ¡La tasa de aciertos! Esto tiene que estar mal, ¿no? En los apuntes decía que era imposible acertar todas las preguntas de los test de identificación o que, por lo menos, aún no se había dado ningún caso. ¿Es un error?

Madre sonrío.

Tiene los dientes casi tan amarillentos como las yemas de los dedos.

—Perfecto, Minerva, esto es justo lo que necesito de ti. Atención al detalle.

Me entran ganas de llorar, pero no sé por qué.

—Entonces...

—Pero no, no es un error —me corta—. Fue comprobado varias veces por el administrador del test, el eminente doctor Olmeda, un buen amigo mío. Esta joven es única, Minerva; la única persona que ha aceptado tan bien los efectos de la circuitería dental hasta el momento. Hasta tal punto es así, que se la ha convocado de urgencia para que acuda a la Academia; no puede perder más tiempo y desperdiciar sus capacidades ahí fuera. ¿No crees?

—Claro... Es lógico...

—Sin embargo, precisamente por lo urgente de la situación, no se ha revisado su expediente completo de la red ni se ha hecho un seguimiento familiar. Ya habrá tiempo, pensamos, una vez esté aquí a salvo. Pero alguien debe encargarse de tenerla vigilada, de informar si algo extraño le ocurre; de protegerla de influencias nocivas, al fin y al cabo. ¿Entiendes?

Asiento, una y otra vez. El expediente que tengo en las manos me pesa como si fueran de mantequilla.

—Baja hasta el final del documento, hazme el favor —dice Madre—. Ahí tienes los datos de la joven a la que has de vigilar. Recuerda su cara y su nombre. Búscala detrás de la verja y obsérvala con cuidado.

Casi se me cae la tableta.

Antes no había reconocido el nombre; se me había olvidado, no había prestado atención a quién pudiera ser o dejar de ser Alma Blasco.

Pero la fotografía...

—Claro —digo, con la voz hecha un hilo—. Claro, la vigilaré.

Han sacado esa fotografía de su expediente escolar, y lo sé porque la mía era igual. Delante de las tapias del instituto más prestigioso del Gran Madrid, el mismo al que dejé de ir hace más de un año para mudarme aquí, a la comarca del Ortegá.

Alma Blasco había sido compañera mía de clase.

Cualquier otra persona habría dicho que tenía la cara más olvidable del mundo, pero yo la recuerdo. La recuerdo porque fue la única que se atrevió a darme un abrazo cuando me marché.

## OTROS TÍTULOS DE FANDOM BOOKS

*Los niños de Willesden Lane*  
Mona Golabek y Lee Cohen

*Tras las llamas*  
Will Hill

*Internamiento*  
Samira Ahmed

*Virtuales*  
Sarvenaz Tash

*Reinas Geek*  
Jen Wilde

*Estrella de mar*  
Akemi Dawn Bowman

*Somos seres alados*  
Michelle Ruiz Keil

*Like. Azul*  
Gemma Pasqual i Escrivà

*Una sombra latente*  
Katharyn Blair

*Llama al halcón*  
Maggie Stiefvater

*El amor y otras maldiciones*  
Sandhya Menon

*Cenicienta ha muerto*  
Kalynn Bayron

*Fábulas feroces*  
Nikita Gill

*Stay Gold*  
Tobly McSmith

*Todos hablan de ella*  
L. E. Flynn

*Sin amor*  
Alice Oseman



#TÚHACESFANDOM

# JUNTAS PUEDEN CAMBIAR EL CURSO DE LA III GUERRA MUNDIAL

Todos los jóvenes de la Alianza de Naciones reciben unos misteriosos implantes dentales desde su más tierna infancia. Pero no todos los pierden al crecer.

**Alma** conserva una muela, lo que le da una recién descubierta habilidad para el cálculo y la lógica, que entrenará bajo secreto de Estado en la Academia. **Ner** tiene un colmillo de leche y una fuerza colosal, su única arma para enfrentarse al odio de todos; a ojos de los demás, Ner es sincoreana y, por tanto, enemiga de la Alianza. **Minerva** es la única hija de Cibeles Lisón de Ugarte, expresidenta de España, general de la Alianza y directora de la Academia..., y es también su mayor decepción, una chiquilla ordinaria y cobarde.

Las tres se conocerán en la Academia, junto a otros jóvenes privilegiados. Las tres descubrirán que tal vez no sean tan afortunadas. Las tres harán frente, en el año 2085, a una III Guerra Mundial que lleva librándose desde que nacieron.

**«Me da igual lo que digan, o incluso lo que digas tú;  
no voy a darme por vencida. No te voy a abandonar.  
Por nadie».**



**FANDOM BOOKS**

[www.fandombooks.es](http://www.fandombooks.es)